

EL EMBARAZO DE LA VIRGINIDAD EN NUESTROS TIEMPOS, **ANÁLISIS Y PANDEMIA EN EL PROCESO** **DE CONQUISTA DEL PROPIO CUERPO**

Danielle M Breyton¹

Helena M. F. M.
Albuquerque²

Cuando tienes que estar irremediablemente quieto, es impresionante la movilidad mental que puedes adquirir. Puedes ampliar el presente tanto cuanto quieras, o saltar vertiginosamente al futuro, o dar marcha atrás, que es más peligroso porque hay recuerdos, buenos, regulares y execrables.
Mario Benedetti en *Primavera en un espejo roto*

1 Psicanalista, membro do Departamento de Psicanálise do Instituto Sedes Sapientiae onde participa do grupo de trabalho e pesquisa "O Feminino no imaginário cultural contemporâneo" e do grupo de entrevista da revista Percurso.

2 Psicanalista, membro do Departamento de Psicanálise do Instituto Sedes Sapientiae; integrante neste Departamento do Grupo de Trabalho e Pesquisa 'O feminino e o imaginário cultural contemporâneo'; Mestre em Psicologia pela Universidade de São Paulo (USP).

Son diversos los casos en que, directa o indirectamente, acompañamos el sufrimiento de jóvenes mujeres embarazadas por la virginidad que, con el pasar del tiempo, se convierte en un obstáculo que no consiguen superar. Frecuentemente hablan del deseo de saltarse esta parte para revolver pronto ese asunto. Pero, en detrimento de sus deseos de minimizar el tema, este, al contrario, va convirtiéndose en una muralla infranqueable. Muchas veces el bochorno y lo inadecuadas que se sienten en este mundo que supuestamente desmitifica la sexualidad femenina, hace que la cuestión de la virginidad sea un secreto que no consiguen compartir ni siquiera con sus amigas más próximas, y se encuentran tropezando con las mentiras que acaban inventando para conseguir participar en conversaciones y confidencias.

El uso de la expresión "embarazadas por la virginidad" no fue elegida por casualidad. Algunas décadas atrás, "estar embarazada" significaba estar grávida y el embarazo causado por la gravidez ligado a la evidencia inequívoca de la experiencia de la sexualidad en la vida de aquella mujer. El imperativo superyoico vigente en la época para las mujeres solteras era el mantenimiento de la virginidad hasta el casamiento. Incontables mujeres que sufrieron discriminación y castigo por la falta de virtud moral cuando se comprobó que no eran vírgenes.

Los tiempos cambiaron, avanzamos medio siglo y, sorprendentemente, nos enfrentamos a mandatos superyoicos que se centran en las mismas claves, al revés. El embarazo, la vergüenza y el castigo se dan, ahora, por el mandato opuesto: "no ser virgen", "tener que tener sexo". Es preciso que la vida sexual se inicie precozmente y que esto se dé sin conflicto y sin dudar. La regla es ser libre y demostrar desapego.

Menos ligada a la rotura del himen, o al encuentro heterosexual que marca la sexualidad por la penetración, la virginidad en cuestión, en estos casos, se refiere a la inexperiencia de vivencias compartidas de intimidad corporal. En la mayoría de los casos se trata de jóvenes mujeres, que participan de circuitos de sociabilidad: escuela, facultad, fiestas, bares. En reuniones en bares y fiestas, frecuentemente regadas por mucho alcohol, ya han intercambiado besos y abrazos, pero sin que entiendan bien sus razones, se alejan. Entre mentiras francas o medias verdades, la virginidad se convierte en un secreto que guardan solitariamente y, cada vez, más difícil de romper. Sienten que el tiempo está pasando y no consiguen salir de la red que se han creado. Ellas pueden tener, 17, 25 o 30 años.

En los desvíos que promueven pueden hacer uso de discursos feministas que deconstruyen la virginidad en cuanto valor social. Pero, así, sin poder cuidar esos primeros momentos, terminan presas en un circuito de evitación. Quedan completamente invisibles en sus dificultades, pues supuestamente esas barreras ya no existen. Sus madres y padres hablan abiertamente del sexo que suponen presente en la vida de la hija, y la madre interpela a la hija triste con una insinuación: "No es embarazo, ¿no?". Así, esas jóvenes se encuentran dislocadas en sí y obligadas a dejar silenciado aquello que parece no caber en el mundo.

Silvia Alonso (2011) pregunta: "¿Qué mitos serán estos que están comenzando a sustituir a los mitos de la mujer-madre, la pasividad erótica y el amor romántico imperantes en el imaginario social de la Modernidad? ¿Cuáles son los lugares de lo permitido y lo prohibido, lo bello y lo feo, lo valorizado y lo desvalorizado para los hombres y las mujeres que diseñan las narrativas posmodernas?" (p.319).

Llama la atención la interpelación de la madre, que parece necesitar mostrar naturalidad con la sexualidad de su hija. Los padres, aquí también capturados por los preceptos de libertad sexual de la actualidad, no se diferencian del lugar donde se encuentra presa la hija. Otra posición, que introdujo algún conflicto en relación con el imperativo de disfrute vigente en el escenario cena social de la hija, podría favorecer la apertura de un espacio de elaboración de ese siempre delicado pasaje por la adolescencia. Lejos de tener una percepción más próxima de lo que acontece con la hija, la madre termina reforzando el mandato superyoico al presumir la posibilidad de embarazo de la hija como causa de su malestar. Una madre que, aparentemente, no puede generar conflicto, habla desde otra posición, aprisionada en el mismo mandato de los ideales contemporáneos, ella también joven y moderna.

Carolina inició su análisis a los 17 años. Sufría de pensamientos excesivos y de una exigencia implacable que la atormentaba constantemente. Estaba en su último año de colegio y soñaba con la llegada de los 18 años, cuando supuestamente habría tenido la ansiada libertad de hacer todo lo que quisiese, sin necesitar autorización de nadie. Estaría también libre del colegio. Ella salía poco, porque no le gustaba, pero también porque el colegio se lo impedía, siendo muy exigente y demandando mucha dedicación. Nunca tuvo novio, pero vivió un gran amor virtual, relativamente correspondido, pero supuestamente impedido por las presiones de los exámenes finales. Se conocían, pero nunca se encontraban. La relación se daba por mensajes de whatsapp. Ella, resignada, se cuidaba... y resguardaba su narcisismo de cualquier mínima conmoción que le pareciera insoportable. Tenía amigos y vivía, con pasión, los dramas amorosos de los otros.

Durante un buen tiempo el análisis giró creando condiciones para que se apropiara de sus dificultades, sus miedos y, lentamente, ir reconociéndose como sujeto activo de sus impedimentos. Poco a poco se fue liberando del drama de las pasiones de otros, también de su amor en estado inquebrantable, y comenzó a poder asumir algunos pequeños riesgos, ampliando su circulación más allá de los territorios muy dominados por ella. Experimentó acercamientos con muchachos y chicas en fiestas y bares y, así, fue descubriéndose atractiva como nunca se había imaginado.

El tema de la virginidad comenzó entonces a poder ser pensado. Ella no quería hacer de eso una gran historia, y, al mismo tiempo, guardaba en sí un fuerte romanticismo en el que montaba grandes historias en detrimento de su racionalidad. Sin posibilidades intermediarias, el impedimento en el campo de la sexualidad se mantenía con fuerte intensidad. Vemos la condensación de tres factores en su síntoma: el narcisismo que no puede ser arañado, una dinámica psíquica prevalente del campo del yo ideal aliado al mito del amor romántico, y la irrupción de la sexualidad. La idea de un gran amor eterno e inquebrantable, en el cual el narcisismo no sufriera ningún estremecimiento o rasguño, entra en choque y conflicto con el incremento de la fuerza pulsional. La experiencia sexual, para ser vivida de forma placentera, depende, efectivamente, de una elaboración satisfactoria del narcisismo, sin la cual puede ser experimentada de forma muy amenazadora.

“La sexualidad es sucia” nos dice otra joven. La “suciedad” no se refiere a los cánones morales, sino a aquello que está lleno de sangre, sudor y carne, imposible de ser controlado. La sexualidad “sucia” choca tanto con el narcisismo como con el amor romántico, ya que nunca está en consonancia con sus premisas. Según Dejours: “[...] la activación deletérea de la pulsión de muerte ocurriría más típicamente en el encuentro amoroso. Durante los intercambios eróticos, los amantes juegan con las diferentes partes del cuerpo y piden la subversión libidinal hasta sus límites.”

Entramos, entonces, en la cuarentena y Carolina, que estaba pudiendo vivir en carne y hueso sus primeras aproximaciones, se vio nuevamente impedida por razones externas. “Había jurado que nunca más me embarcaría en pseudorrelaciones virtuales”, decía ella con alguna resignación.

Sin darse cuenta de un cambio, comenzó a pasar horas y horas charlando con amigos, esta vez con la cámara abierta, en tiempo real, en vivo y en colores. Un hermoso día trae al análisis una situación que la perturbó. Uno de sus amigos con quien conversaba en la madrugada terminó pidiéndole que se quitara la ropa. Ella quedó desconcertada, no le gustaba, jamás lo haría. No lo hizo, pero entendió que aquel pedido estaba en el juego de posibilidades, así como su no, y se permitió seguir jugando. A través de la protección de la pantalla, encontró una condición de regulación de la excitación y de aproximación en esta modalidad más encarnada.

En el transcurso de los meses se involucró con otro muchacho, con él hizo mil planes, se declararon enamorados y ardían por un encuentro que terminaron planeando. Carolina, más segura de su lugar, pudo entonces, con el discurso feminista a su favor, simplemente advertir a sus padres que saldría del confinamiento para pasar un fin de semana en la casa de un amigo. Y así fue.

En sus idas y venidas hoy reformula: "Entendí que no es que no existe la primera vez, en verdad son muchas primeras veces".

Esta situación clínica nos parece acorde con la impresión compartida por diversos analistas de que no solo los análisis siguen y funcionan en modo online, sino que, en algunas situaciones, los avances y las aperturas parecen resultar y ser propiciados por el nuevo encuadre. Sin querer hacer de eso una generalización, porque evidentemente también se pierden cosas en este modelo de atención, pretendemos plantear aquí algunas hipótesis para pensar la interferencia de esos cambios en el proceso analítico.

Mucho se habla sobre el cambio en la forma de atención, pero más importante es pensar también el efecto de la pandemia. La pandemia, el riesgo de muerte que ella evidencia y, en el caso del Covid-19, toda la diferenciación establecida sobre sus efectos entre los niños, adultos y ancianos, marcando diferencias generacionales algo difusas, promueve un corte que puede también ser liberador.

La emergencia de los tiempos de la vida, sus transformaciones, sus límites en el cuerpo, en un proceso de análisis puede también favorecer un espacio para el deseo y su realización siempre parcial, quebrando imperativos superyoicos paralizadores en que solo todo importa.

También vale pensar en el riesgo de contaminar y contaminarse, de morir y matar despertando fantasmas y fantasías arcaicas. Todo eso ciertamente también forma parte de un espesamiento del caldo del análisis que encontró en la tecnología una vía de seguir su curso, y también de lo que eleva la angustia y hace surgir tantas nuevas demandas de análisis. En un debate reciente sobre el tratamiento online y la presencia o no del cuerpo en esta modalidad de atención, Joel Birman formuló que el cuerpo del analista se presentificaba por la voz. Consideramos que la pandemia efectivamente abrió un camino para un cierto cambio de rumbo en el uso de las tecnologías. Estas venían favoreciendo una retirada de los cuerpos en el imperio de los mensajes rápidos, en palabras crecientemente abreviadas, comunicación facilitada por símbolos ofrecidos en una tarjeta (beso, sonrisa, agradecimiento, fiesta, brindis, etc.), hoy amplían los recursos para encuentros y reuniones. Entre los más jóvenes esto es bastante notorio, ya prácticamente no hablaban por teléfono, en una evitación del "en vivo" del encuentro, solo en el intercambio de mensajes, muy conveniente para la no intervención del otro. Una especie de diálogo desacompañado, que conserva un gran espacio al control y cohesión yoica, dejando fuera del juego la timidez que ruboriza el rostro,

la emoción que hace tropezar la lengua o lagrimear los ojos, la excitación que exalta los gestos. Hoy, desterrados de las calles, escuelas, fiestas, acabaron por reinvestir también los nuevos recursos tecnológicos al servicio de una posibilidad viva y dinámica de encuentro.

El tiempo “detenido” es otra novedad traída por la pandemia, principalmente para los más jóvenes, habituados con la sociedad del espectáculo en la cual el show no puede parar y no hay espacio para el silencio, para el vacío, y tampoco para la polisemia de las palabras. En las baladas ruidosas, sin intervalo, en un tiempo completo, siempre colmado por altos estímulos sonoros y visuales, en un espacio también lleno, ocupado por la multitud, la conversación y la palabra quedan un tanto desinvertidas, sin lugar, nadie se escucha muy bien. Se hace silencio, en el tiempo detenido por la pandemia, y la palabra abierta para sus múltiples sentidos parece poder volver a circular en el campo del diálogo con el otro.

Los intercambios y las conversaciones, con cámara abierta, que se prolongan en el tiempo posibilitan la construcción de un cierto campo de intimidad. Campo de intimidad que, muchas veces, se veía atropellado en los encuentros que muy rápidamente pasaron al acto, sin más demora, sin el tiempo de intentar conocer mejor a otro, de establecer un vínculo en el que el intercambio afectivo es parte. Envasados, hombres y mujeres, con prisa para no verse avergonzados por la virginidad, en una clara formación reactiva. Ante el miedo a la proximidad y la aterradora intensidad y el desconocimiento de las nuevas sensaciones corporales, la mediación de la pantalla puede abrir un espacio de acercamiento, protegido del mandado superyoico contemporáneo: “¡Goza ya!”.